

¿Y si lo probamos...?

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

Capítulo 1

Voy en un taxi escuchando la música que suena por la radio tras haber salido de la oficina.

Tarareo la canción *Tacones rojos*, de Sebastián Yatra, y sonrío al mirar mis zapatos mientras pienso en la niña de mis ojos. Siempre que la oigo, esa canción me da buen rollo y me levanta el ánimo.

Como de costumbre, el centro de Madrid a las siete de la tarde es un caos. Coches. Pitidos. Gente corriendo de un lado para otro, y yo disfruto observando. Soy muy cosmopolita.

Suena mi móvil. Acabo de recibir un mensaje que dice:

523

Sonrío. Mi cita ya me espera, y escribo:

Dos minutos

Una vez que dejo de mirar el móvil y me coloco bien la falda de mi vestido, el taxista se detiene y dice:

—¡Ya hemos llegado, señorita! Veintidós euros con treinta.

Saco mi tarjeta. La paso por el datáfono y, tras realizar con éxito la operación, cojo el recibo, pues soy autónoma y eso me lo puedo desgravar, me despido del conductor, que es muy simpático, y después de cerrar la puerta del taxi entro en el hotel.

Con paso seguro me dirijo hacia los ascensores. Ya me conozco el recorrido. No es la primera vez que estoy aquí. Miro el reloj.

Tengo hora y media antes de mi siguiente reunión, que me pilla cerca.

Espero la llegada del ascensor pacientemente y, tras meterme en él, le doy al botón de la quinta planta.

En el espejo del ascensor me repaso, me recoloco. Y cuando este se para y salgo de él, con seguridad y subida en mis zapatos rojos, me encamino hasta la puerta 523. Llamo. La puerta se abre y Alejandro, vestido solo con una toalla alrededor de la cintura, sonrío; yo también.

¡Qué bueno está!

Sin tiempo que perder, entro en la habitación y, en cuanto cierra la puerta, sin hablar, sin saludarnos ni nada, dejándonos llevar por nuestra caliente fantasía, nos besamos mientras mi bolso cae al suelo.

Alejandro rodea con las manos mi cintura y, sin apartar su boca de la mía, llegamos hasta una silla. Allí dejamos de besarnos. Saco mi teléfono móvil y busco en mi lista de Spotify la música cañera que deseamos para nuestro loco momento, y cuando comienza a sonar *I Gotta Feeling*, de The Black Eyed Peas, dejo el móvil sobre la cama y, tirando de la toalla que él lleva en la cintura, indico:

—Tengo una hora.

Alejandro asiente. Su duro pene ya está preparado para el comienzo del juego y, vale, reconozco que se me hace la boca agua. En décimas de segundo él se pone un preservativo y, sin siquiera desnudarme, me siento sobre él. No llevo bragas. Es parte de nuestro juego. Cuando su pene entra por completo en mi cuerpo, jadeamos de placer.

¡Qué maravilla!

Me encanta la lujuria que siento al notarme llena de él, y, mientras lo beso con auténtico deleite, comienzo a moverme mientras nuestras respiraciones se entrecortan, nuestros jadeos se acrecientan y nuestros corazones se aceleran.

Amor cero. Sentimientos, menos cero. Romanticismo..., ¿qué es eso? Pero morbo mucho, y a tope.

Por mi carácter frío e impersonal tengo algunas reglas en el sexo. Nunca mezclo trabajo con placer. Nada de casados. Nada de

música romanticona mientras follamos y de treinta añitos para abajo. Así que siempre llevo yo la voz cantante, sin dejarlos opinar, y, como les gusta, disfruto de ese tipo de sexo sin amor, pero que me proporciona placer.

Durante varios minutos cabalgo a Alejandro en busca de mi propio gozo. Sé que él busca el suyo. Es parte de nuestro juego.

Agarrada a su cuello, me impulso a mí misma mientras mis caderas, que tienen vida propia, se balancean sobre él, y yo jadeo de purito gusto y placer.

¡Dios, lo necesitaba!

Minutos después, cuando Alejandro y yo llegamos al clímax, tras unos instantes nos separamos y abrimos mecánicamente la nevera del hotel para beber agua. Estamos sedientos.

Alejandro y yo nos conocemos desde hace año y medio. Coincidimos en un chat de sexo. Concretamente, de temática *swinger*. Él, veintisiete años. Yo, treinta y ocho, y ambos sin ganas de compromiso. Desde el primer instante hubo *feeling* entre nosotros, y siempre que quedamos el sexo es bueno y disfrutamos de nuestras fantasías.

El amor y el romanticismo hace tiempo que están fuera de mi vida. No tengo tiempo para eso, y por ello solo me fijo en hombres más jóvenes que yo y que no me compliquen la vida. Soy una mujer independiente que busca lo que quiere, y no hay más que hablar.

Mientras bebo agua, veo que tanto Alejandro como yo miramos nuestros teléfonos. Somos unos adictos al trabajo. Él, abogado. Yo, publicista. Y, para mi suerte, tanto él como los otros amigos que tengo con derecho a roce son como yo. Personas que no buscan amor ni complicaciones. Solo desean sexo ocasional y, una vez que terminamos, cada uno vuelve a sus vidas.

Sé que este tipo de vida, en la que los sentimientos para tener sexo ni se asoman, puede ser fría e impersonal para algunos, pero es la que yo he elegido, porque en mi vida y en mi morbo mando yo, y de momento con esto me vale.

Llaman a la puerta de la habitación. Alejandro y yo nos miramos. Sabemos que es Mario, un hombre adulto también del mun-

do *swinger* al que le encanta mirar y en ocasiones tocar, y como para nosotros el que nos miren o nos toquen es una fantasía, hoy lo he llamado para que viniera.

Alejandro va a abrir la puerta. Sin hablar, Mario entra. Me saluda con una sonrisa y se sienta en el butacón. Todos sabemos qué hacemos aquí. No hace falta explicar nada.

Pongo una alarma en el móvil. Necesito que me avise cuando pasen cuarenta y cinco minutos. Alejandro se acerca a mí. Esta vez sus manos pasean por mi cuerpo ante la atenta mirada de Mario. Dejo la botellita de agua y mi móvil, y tras desabrocharme varios botones de mi vestido, este cae al suelo.

Mario y Alejandro me observan. Les gusta lo que ven. No estoy mal, aunque tampoco es que yo sea un pibonazo. Pero, oye, ¡soy resultona!

Gustosa, lo beso. Nos besamos, y entonces pongo mi trasero ante el rostro de Mario y siento que toca mis nalgas. Me da un par de azotitos mientras Alejandro me besa. Conocemos el juego, no es la primera vez que jugamos juntos. Entonces Mario coge el lubricante y la joya anal que hay sobre la mesa e, impregnándola de lubricante, separa las cachas de mi culo y la introduce en él.

Con provocación nos besamos al tiempo que Alejandro se coloca otro preservativo y en mi móvil suena la canción *Toxic*, de Britney Spears. Nos tentamos ávidos de sexo mientras Mario no nos quita ojo, hasta que Alejandro me iza entre sus brazos y, proporcionándole una buena visión de la joya anal a Mario, le exige:

—Fóllame.

Y lo hace, ¡vaya si lo hace!

Con exigencia, busco la boca de Alejandro mientras se hunde en mí una y otra y otra vez y nos miramos a los ojos jadeando de pura lujuria y desenfreno.

El sexo morboso y caliente de este momento es simplemente sexo. Disfruto de él y de mis fantasías sin tabúes.

Tras el ardiente asalto llega otro más sobre la cama. Somos insaciables. Mario se cambia de posición para mirarnos más de cerca y darle ciertas vueltas a mi joya anal. Ese es el juego que queremos y que todos disfrutamos. Y cuando la alarma de mi móvil pita para

decirme que tengo quince minutos para irme, Mario me saca la joya anal. Me doy una ducha rápida sin mojarme el pelo, y, una vez que me visto, vuelvo a la habitación y veo que Mario ya se ha ido. Me dirijo hasta la cama, donde Alejandro sigue desnudo consultando su teléfono, y cojo el mío.

Acto seguido paro la música y, tras guiñarle un ojo, él se levanta, se acerca a mí y dice:

—El próximo día espero que puedas quedarte más rato.

Sonriendo, asiento. Yo también lo espero. Y, tras lanzarle un frío beso, cojo mi bolso y me marcho.

¡Tengo una reunión!

Capítulo 2

¡Madre mía, qué nervios tengo!

Estoy en la puerta del Teatro Real de Madrid, esperando a mis padres y amigos mientras me fumo un cigarrillo. Sí, ya sé que fumar no es bueno ni está bien visto, pero, oye, ¡tengo ese vicio! Hay quienes tienen otros y yo no me meto con ellos.

Esta noche mi hija tiene su última actuación con sus compañeros, y yo estoy entre alegre, triste y emocionada porque sé que su vida y la mía, a partir de mañana, cambiará.

Oigo el ruido de una moto. De inmediato veo que se trata de mi amiga Amara. Veo que se sube a la acera y para el motor. Se quita el casco y, con gracia, mientras se baja canturrea:

—«¿Quién es ese hombreee...?».

Me río. Se parte. Anoche salimos juntas por Madrid y, cada vez que veíamos a un tipo que nos gustaba o nos parecía un chulazo de esos que quitan el hipo, cantábamos esa canción. ¡Qué bien lo pasamos!

Una vez que pone la cadena antirrobo, se acerca a mí y nos abrazamos. Amara es una buena amiga de hace años que adora a mi hija. Y cuando nos separamos cuchicheo:

—Cada vez que salimos me cuesta más reponerme.

Ambas reímos y entonces, divertida, la loca de Amara mu-sita:

—Eso es que nos estamos haciendo mayores, reina.

—Oyeeeeee... —Me río divertida también.

Nos carcajearnos, y luego suelta:

—Pues sé de alguien que ha quedado en colonizar el mundo en su próximo viaje.

De nuevo nos reímos. Se refiere a mí. Anoche, entre brindis y brindis, prometí probar y acostarme con hombres de distintos continentes en un viaje que tengo pendiente. Y cuando voy a responder dice cambiando el tono de voz:

—Hoy no tengo mi mejor día.

—¿Qué pasa?

Amara suspira y se encoge de hombros.

—Esta mañana, en el hospital, me han dicho que cuando se acabe mi contrato no me lo van a renovar —indica.

—¿Y cuándo acaba? —pregunto preocupada.

—En enero.

—¡No jorobes!

Mi amiga asiente.

—Al parecer, mi puesto se lo van a dar a la hija de un médico.

Eso me apena. Amara es una excelente enfermera y matrona. Sin ella y sin su ayuda no sé cómo me las habría ingeniado con mi hija en algunas ocasiones. Y cuando voy a responder, ella, que es pura vitalidad, dice:

—Pero, reina, ahora no hablemos de penas.

—Mejor —afirmo, y recordando algo pregunto—: ¿Cuándo tienen tus niños la exhibición?

Amara, además de trabajar en el hospital, entrena a unos niños en una piscina municipal de Madrid en la modalidad de natación sincronizada, una disciplina en la que competía en su juventud, hasta que tuvo que retirarse por una lesión.

—El viernes —indica.

Nos miramos con complicidad y luego ella pregunta con sorna:

—¿Preparada para venir conmigo por nuestro cumple al concierto de mi amado Manuel Carrasco? ¡Ya tengo las dos entradas!

Según dice eso me río. El cumpleaños de las dos es el mismo día, el 30 de septiembre. Tengo que quitarle eso de la cabeza, pero ella se mofa:

—Ah, no, perdona..., que tú no escuchas música romántica.

Pero mira lo que te digo: ¡te jodes! Y vienes conmigo, que ni Mercedes ni Leo pueden venir.

Ambas reímos, sobran las palabras, y luego pregunta cambiando de tema:

—¿Cómo está nuestra niña?

—¡Perfecta!

Mi teléfono comienza entonces a sonar y ella, cogiendo de mis manos una de las entradas, dice tras darme un beso en la mejilla:

—¡Os espero dentro! Te quierooooo...

Sonrí, decírnos «te quiero» es algo muy nuestro, y cuando se va miro mi teléfono. Seguro que es trabajo y, tras sopesarlo, decido no atenderlo. Es más, lo apago para evitar la tentación de liarme a trabajar. No quiero que nada ni nadie me prive de disfrutar de donde estoy.

Una vez que guardo el móvil en el bolso, miro con cariño a los pequeños que junto a sus padres pasan por mi lado vestidos de duendecillos y hadas. ¡Qué monos! Están nerviosos. Excitados. Llevan preparando esta actuación mucho tiempo, y sonrío al recordar a mi niña. ¡Cómo pasa el tiempo!

—*Darling!*

Es la voz de mi madre, llamándome «cariño». Ella y mi padre vienen a ver la actuación de su nieta.

Están muy guapos. Se han puesto elegantes para la ocasión, y cuando se acercan, mi padre, que más divino no puede estar, comenta estirándose la chaqueta del traje:

—Lo mío no es ir tan emperifollado.

Sonrí. Mis padres actualmente tienen una tienda de vinos en Aluche. Antes era una bodeguita. Aluche es el barrio donde me crié y viví hasta que al final y con mucho esfuerzo me independicé con mi hija, aunque ellos siguen viviendo allí.

Gustosa, toco el nudo de la corbata de mi padre y le doy un beso.

—Pues vas muy pero que muy reguapo —afirmo.

Mi madre sonrío, está feliz, y tocándose el pelo cuchichea con su acentazo inglés:

—¿Qué tal el moño italiano que me ha hecho Rosi en la pelu?

—Mamá, ¡estás guapísima!

—Se ha puesto así por si se encuentra a algún Gavilán.

Según dice eso, me río. Mi padre también. Si algo le apasiona a mi madre es la seriecita de los Gavilanes.

—Rogelio, *my love*, te he dicho cientos de miles de veces que mi Gavilán ¡eres tú! —cuchichea con gracia.

Mi padre le da un beso a mi madre y yo los miro encantada. Adoro ver cómo se quieren. Me apasiona. Y, después de que mamá le limpie el carmín de la boca con el dedo, pregunto:

—¿Cómo está *Tinto*?

Tinto es el perrete de la familia. Es un híbrido entre un yorkshire y un chihuahua, muy salado, pero ya con catorce añitos comienza a estar mayor. El mes pasado nos dio un susto cuando de pronto dejó de comer y de levantarse, pero tras cuidarlo y gracias al veterinario, *Tinto* se recuperó.

—Ese sinvergüenza está mejor que yo —dice mi padre.

Los tres nos reímos, y luego papá pregunta:

—¿La ratoncilla está bien?

Me río, mi padre y sus apodos..., y afirmo sabiendo que se refiere a su nieta:

—Está perfecta y deseosa de que la veamos bailar. —Y entregándole dos entradas, indico—: Vamos. Entrad y ocupad vuestros asientos. Amara ya está dentro. Yo estoy esperando a Leo y a Mercedes.

Sin dudarlos cogen las entradas y, tras dirigirme una última sonrisa, desaparecen por la enorme puerta.

—¡Verónica!

Al oír mi nombre, miro hacia la derecha y sonrío al ver a Gustav Petrov, dueño de la escuela de danza y prestigioso bailarín de ballet clásico afincado en España que, además, ejerce de productor y director artístico. Como siempre, el glamur que desprende este hombre al andar me encanta, y cuando se acerca a mí nos damos dos besos con cariño.

—¿Nerviosa? —me pregunta.

Sonriendo, asiento. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Zoé nos dejará sin palabras, ¡te lo aseguro! —afirma.

Asiento de nuevo. Sé que tiene razón. Mi hija es un portento del ballet. Y a continuación la acompañante de Gustav, a la que por cierto nunca antes había visto, lo mira y este dice con galantería:

—Verónica, te presento a Amelia Serapova. Amelia, ella es Verónica, una buena amiga y la madre de una de mis alumnas.

Ambas nos miramos complacidas y sonreímos. Gustav es un ruso interesante, pero para nada mi tipo. Siempre ha triunfado entre las mujeres. Estoy sonriéndole a la guapa mujer cuando esta, señalando a las niñas que pasan por nuestro lado, dice:

—Seguro que tu pequeña lo hará bien.

Vuelvo a asentir. Y totalmente segura, afirmo:

—Eso no lo dudo ni por un segundo.

La mujer sonríe, le agrada ver mi seguridad.

—¿Qué edad tiene tu pequeña? —añade.

Gustav y yo nos miramos, sonreímos con complicidad. Y, consciente de cuál será la reacción de ella, suelto:

—Veintitrés.

—¿Veintitrés mesecitos? —pregunta con gesto sorprendido.

—No. Veintitrés añitos —aclaro.

Como siempre, cuando digo la edad de mi hija, la gente parpadea sorprendida. Gustav y yo nos reímos. ¿Cuántas veces habremos oído esa preguntita a lo largo de los años?

Tengo treinta y ocho años. Lo sé. Muy poca gente de mi edad tiene una hija tan mayor, e indico con total normalidad:

—La tuve con quince años. Y lo que comenzó siendo un error de juventud e inconsciencia ha terminado siendo el mayor acierto de mi vida.

Sorprendida, la mujer asiente. La reacción de todo el mundo al saber eso es la misma. ¿Cómo puedo tener una hija tan mayor siendo yo tan joven?

Pero la realidad es la que es. Conocí a un guapo italiano charlatán llamado Gianmarco en unas vacaciones en Torremolinos con mis padres, mis tíos y mis primos, y durante un mes me sentí la chica más suertuda del mundo porque ese italiano guaperas se hubiera fijado en mí. ¡Tonterías de la juventud!

Pasé con él un verano increíble. Amigos, motos, fiestas en la

playa con sus paseos cogidos de la mano y románticas canciones de amor cantadas por mi cantante favorito, que era Luis Miguel.

Estaba tan enamorada de Gianmarco, y era tan romántico y embaucador, que incluso perdí mi virginidad en el apartamento que él ocupaba con su grupo de amigos, y a partir de ese día ya no paramos de disfrutar del sexo ni una sola noche.

¡Qué vicio le pillamos!

Las vacaciones llegaron a su fin. Mi encantador italiano y yo nos despedimos entre lloros y promesas de amor. Intercambiamos direcciones. Queríamos estar en contacto porque nuestro amor era más increíble que el de Romeo y Julieta.

El primer día de regresar a Madrid le escribí. El segundo también. El tercero, más de lo mismo. Necesitaba saber de él. ¿Se acordaba de mí? Dos semanas después las cartas me fueron devueltas por ser un destinatario desconocido. Insistí. Volví a escribir, pero pasó lo mismo. Y entonces fue cuando me di cuenta de la cruel realidad: me habían engañado como a una tonta. Lo que yo sentía y lo que supuestamente él decía que sentía por mí no era lo mismo. Para mí Gianmarco fue mi primer amor. Para él, solo fui la tonta que se ligó ese verano en Torremolinos y que, inexperta en el sexo, se dejó engatusar por él.

La decepción fue tal que dejé de comer y no paré de llorar mientras buscaba explicaciones a lo que me había ocurrido y escuchaba en bucle preciosos boleros de Luis Miguel.

¡Madre mía, lo que me fustigué con esas cancioncitas!

Gianmarco, ese idiota que creí el amor de mi vida, al que le había dicho «te quiero», se había reído de mí y yo, creyendo sus mentiras, se lo había permitido. ¿Podía ser más tonta?

Mis padres, viendo el estado en el que me encontraba, se preocuparon por mí. Estuvieron a mi lado consolándome como pudieron de mi mal de amores. Eso sí, yo no les conté que había tenido sexo con él. Eso ya habría sido demasiado para ellos. ¡Solo tenía quince años!

Papá y mamá me mimaron y me cuidaron todo lo que pudieron y más. Incluso recuerdo que él, todos los días antes de subir de la

bodega, me compraba un huevo Kinder en la panadería de Jesús para hacerme sonreír, pues sabía que me encantaban.

Pero entonces pasó una cosa que hizo que dejara de llorar de un día para otro, y fue que descubrí que estaba embarazada.

Madre mía..., madre mía...

¡Yo, embarazada de un italiano que ni siquiera sabía ni cómo se llamaba ni dónde vivía!

¡Por Dios, solo tenía quince años!

Ni que decir tiene que el disgusto inicial de mis padres fue tremendo, sobre todo porque me callé por miedo a las represalias, y finalmente se enteraron cuando estaba de seis meses, una tarde en la que me puse malísima y me llevaron de urgencias al hospital. Lo que ellos creyeron que sería un ataque de apendicitis resultó ser un embarazo en el segundo trimestre.

Mi pobre padre comprándome huevos Kinder, y de pronto le dan la noticia de que el huevo Kinder era yo. ¡Sorpresa!

En un principio mis padres valoraron infinidad de opciones por mi propio bien. Mamá es inglesa y mi padre, español. Susan y Rogelio. Ella moderna y él tradicional, pero la conjugación de los dos siempre ha sido lo ideal, y al final, aun siendo una niña de quince años, mis padres me escucharon y respetaron lo que les pedí.

Yo quería tener a mi bebé. Sabía, aunque no era del todo consciente, que eso suponría el fin de mi niñez, sacrificar el salir con mis amigas, las fiestas, los campamentos de verano, ir al instituto, conocer chicos, etcétera, etcétera, pero sentir los bailoteos de mi hijo en mi tripa durante esos seis meses me hizo saber que no podía deshacerme de él. Fui tan sensata dentro de mi inmadurez al hablar con mis padres que al final respetaron mi decisión.

Zoé nació un precioso día de mayo y, tras normalizarse dentro de lo que cabe nuestras vidas, comencé a ir a clases nocturnas para acabar mi formación académica. Si algo he tenido siempre claro en la vida era que quería avanzar, y ser madre soltera no me iba a detener.

Cuando acabé las clases, animada por mis padres y de nuevo gracias a su ayuda, me puse a estudiar Marketing y Publicidad.

Siempre me había gustado idear estrategias de venta en la bodega de mis padres.

Como es lógico, al llevar retraso en los estudios por mi pequeña, tardé más que otros en terminar la carrera, pero no me importó. El caso es que la terminé. Cumplí mi objetivo. Y, deseosa de seguir echándoles una mano a mis padres en la bodega, les aconsejé que ampliaran el negocio a una tienda especializada en vinos.

Una vez más me escucharon. Confiaron en mi consejo, utilicé las técnicas aprendidas en la universidad y pronto la tienda comenzó a dar unos frutos que la bodeguita nunca había dado.

Fue tal el éxito que conseguí con la tienda que otros comercios de vinos se interesaron por mi trabajo. Querían trabajar conmigo, que yo les hiciera las campañas de publicidad, y finalmente, y viendo que eso me podía proporcionar un futuro, a los veinticinco años abrí mi pequeña empresa de marketing y publicidad, a la que llamé Fórmula Perfecta. ¡Mis padres no se lo podían creer!

Con el paso de los años, además de criar a mi hija, olvidarme del romanticismo, cuidar a los míos y trabajar muchas horas para levantar mi empresa, he disfrutado como he podido de la vida.

Mi buen criterio y mejor ojo para entender qué vinos españoles eran imprescindibles en las mesas de otros países hicieron que mi caché aumentara, que mi empresa creciera. Y hoy por hoy se puede decir que soy una mujer con la que muchas empresas, especialmente las bodegas, quieren trabajar.

Es más, ejerceré de presentadora en el próximo Concurso Internacional de Enólogos, el Premio Farpón, que se celebrará en el Casino de Madrid el próximo 7 de octubre. ¡Qué ilusión me hace!

Mis padres están muy orgullosos de mí. Primero porque les he demostrado que, desde que nació Zoé, maduré y me impliqué con ella al cien por cien como les prometí. Segundo, porque soy una guerrera que sale adelante a pesar de los obstáculos que encuentre en el camino. Y tercero, porque yo solita he levantado mi propia empresa.

Pero hasta llegar a este punto, si algo tengo claro es que sin ellos, sin papá y mamá y su ayuda, su paciencia y su amor incondicional hacia Zoé y hacia mí, nada habría sido igual.

Para mi suerte, no solo tengo unos padres increíbles, sino también una hija maravillosa y unos amigos estupendos. Zoé siempre fue una niña cariñosa y estudiosa, tanto que a veces he dudado que pudiera ser mi hija. También es cabezota, algo que según mis padres ha heredado de mí, y en ocasiones algo macarra, lo que sin duda ha heredado del italiano de su padre. Pero bueno, puedo decir alto y claro que es el orgullo de mis padres y también el mío, y que por ella repetiría todo, absolutamente todo por lo que he pasado, para que la vida volviera a ponerla en mi camino.

A nivel personal nunca he tenido una pareja fija, para disgusto de mis padres. La verdad, criar a mi hija y labrarme un futuro me hizo muy independiente, y en cuanto a los hombres, decidí pasarlo bien y cero compromisos. La traición del idiota del italiano me marcó tanto que me convirtió en una mujer fría que incluso dejó de escuchar música romántica. ¡Adiós, Luis Miguel!

Borré el romanticismo de mi vida, así como el amor y todas esas locuras que una hace en la juventud. Simplemente disfruto de cumplir fantasías con chicos más jóvenes que yo, para evitar problemas de enamoramientos, y una vez que el momento pasa, él para su casita y yo para la mía. Yo con cuidar a mi hija tengo bastante. A él, ¡que lo cuide su madre!

Mi relación con Zoé es estupenda. Además de madre e hija, somos amigas. Con ella disfruto de miles de cosas. Siempre hemos hablado de todo con normalidad, comenzando por el sexo. Ni yo soy una monja, pues tengo mis rollitos para el sexo, ni mi hija, por muy buena y cariñosa que sea, tampoco lo es. Siempre he querido que Zoé no vea el sexo como un tema tabú y que lo disfrute con seguridad y sabiendo muy bien lo que hace.

Según mi madre, hablar de sexo con Zoé es darle demasiadas alas a la ratoncilla. Según yo, deseo que la ratoncilla sepa volar, para que despegue y aterrice sin problemas.

Estoy pensando en todo ello cuando oigo a Gustav decir:

—Ahí llegan tus amigos. Nosotros vamos para adentro.

Complacida, asiento y les guiño un ojo. Luego me doy la vuelta y, mirando a mis amigos Leo y Mercedes, indico señalando mi reloj:

—Hemos quedado hace quince minutos.

—Leo se ha retrasado.

—¡Mercedes Romero, ¿cómo eres tan mentirosa?! —protesta el aludido.

El gesto de Mercedes me hace sonreír. Su locura siempre me ha gustado, y más cuando dice mirándolo:

—Leo Morales, ¿me acabas de llamar «mentirosa»?

—Con todas las letras —afirma este.

Mercedes sonríe y me guiña un ojo.

—Cuando he ido a recoger a este pesado —indica—, hasta que ha conseguido que Pili le prometiera que les iba a hacer de cena a los niños sopa de estrellitas y los filetes de pollo empanados que había preparado, ¡no ha parado!

Leo resopla al oírla. Pili es su mujer.

—Eso es lo que toca hoy de cena —cuchichea—. Y se lo tenía que decir a Pili porque conozco a mis hijos, y como saben que a su madre no le gusta cocinar, rápidamente la convencen para que pida una pizza. ¡Y no! Esta noche toca cenar sopa de estrellitas y filetes de pollo.

Oír eso me hace sonreír.

Leo es un padrazo responsable al que le encanta cocinar y cuidar de su mujer y de sus dos hijos, Marcos y Ricardo. Años atrás, y viendo que Pili, una buena directiva de una importante compañía de coches, ganaba muchísimo más dinero que él, lo hablaron y Leo decidió dejar de trabajar como administrativo en una empresa de mensajería para encargarse de los niños y de la casa. Como él dice, es feliz haciendo lo que hace, y no hay más que hablar.

El caso es que Leo y Pili son felices tal y como se han planteado sus vidas y, sin duda, quienes los queremos somos felices por ello. Ojalá muchos hombres fueran como Leo, y no que siempre seamos las mujeres quienes dejamos de trabajar para que los mariditos sigan sintiéndose los machos alfa del hogar.

Saludo con un gesto a unas mamás que conozco y entonces Leo dice:

—Estoy muerto. Creo que anoche bebimos de más.

Asiento, tiene razón, y me tengo que reír cuando lo oigo añadir:

—Y ni que decir tiene que espero que lo que prometiste ayer con tanta convicción ¡sea simplemente una broma!

Mercedes y yo nos miramos, sabemos a lo que se refiere.

—Leo Morales, ¡no seas antiguo! —murmura mi amiga—. Si nuestra Vero quiere colonizar e investigar los cuerpos serranos de hombres de otros continentes, ¡no le jorobes el plan!

Divertidas, nos reímos. Leo no, y Mercedes, tras abrazar a nuestro amigo, dice:

—De acuerdo, lo confieso. He sido yo quien se ha retrasado. No él.

—Hombre, ¡gracias! —protesta Leo.

Mercedes sonríe, yo también, y suelta:

—Estaba hablando con una guapa pelirroja por teléfono y no podía cortar la conversación...

—¿Dalila? —pregunto curiosa.

Mercedes asiente. Es su expareja, una mujer a la que adora e intenta reconquistar. Pero Leo, cambiando el tono, susurra:

—Mañana cena con ella.

—¡Nooooo! —me mofo.

Mercedes, mi maravillosa Mercedes Romero, asiente con la cabeza y a continuación afirma:

—Por fin he conseguido que cene conmigo.

Leo y yo nos miramos. Desde nuestro punto de vista Dalila no es la mujer que Mercedes se merece, pero entendiendo que en eso del amor hay que respetar, sonreímos y la abrazamos. Junto a Amara, ¡somos el Comando Chuminero! Incluso nuestro grupo de WhatsApp se llama así. Fue algo que comenzó entre risas y que al final hemos institucionalizado entre nosotros.

Leo, Mercedes, Amara y yo somos diferentes pero iguales. Complicados pero facilones. Tontos pero listos. Y, sobre todo, sobre todo, nos queremos de verdad.

A los tres los conocí en el parque de Aluche una de las tantas tardes en las que yo estaba sola con Zoé y comenzó a llover. Rápidamente, empujando el cochecito, me resguardé bajo uno de los soportales de mi barrio, hasta que llegó una chica, Mercedes, y minutos después un chico, Leo, y luego llegó Amara. La lluvia arreció.

Comenzó a caer el diluvio universal y no nos podíamos mover de allí, por lo que empezamos a hablar y Zoé, con sus sonrisas, se los ganó.

Días después nos volvimos a encontrar en la panadería del barrio y, como si nos conociéramos de toda la vida, nos saludamos y quedamos esa tarde en el soportal donde nos habíamos visto por primera vez. Por supuesto, con Zoé. Leo, Amara y Mercedes, sin que yo tuviera que decir nada, entendieron que debía ocuparme de mi hija, porque mis padres trabajaban. Desde ese día, a pesar de que nuestras vidas fueron cambiando con el paso de los años, nunca nos hemos alejado. Somos amigos, pero sobre todo ¡somos familia! Eso lo tenemos claro.

—¿Cómo está nuestra niña? —pregunta Leo.

Tomo aire, apago mi cigarrillo e indico:

—Un poco atacada, pero bien. Ya la conocéis.

Los tres sonreímos, y entonces Mercedes pregunta sorprendida:

—¿Has perdido el móvil?

Me río porque siempre lo tengo en la mano.

—Está en mi bolso, apagado —afirmo.

Mis amigos se miran sorprendidos. Si algo es típico en mí es el móvil operativo las veinticuatro horas del día por mi trabajo, y entonces Leo cuchichea riendo:

—¿Quién eres tú y dónde está el coñazo de mi Vero?

Entre risas, los tres nos empujamos, y luego Mercedes pregunta:

—¿Mi niña tiene ya las maletas hechas?

Oír eso me hace asentir con pesar, y cuando siento que la barbi-lla me va a comenzar a temblar, Leo dice cogiéndome de un brazo:

—Cero dramas chumineros, ¡vamos para adentro!

Por suerte ha cortado el momento dramita. Se lo agradezco. Ya lloraré mañana en el aeropuerto. Conociéndome, inundaré la terminal.

Instantes después llegamos hasta donde están sentados mis padres y Amara. Mercedes y Leo los saludan con cariño y, una vez que todos nos sentamos, mi padre, que está a mi lado mirándome, pregunta mientras mi madre habla con Amara, que está sentada junto a ella:

—¿Te encuentras bien, ratona?

Sonríó. Yo soy «ratona» y Zoé «ratoncilla»... ¿Por qué? Cosas de mi padre, por lo mucho que a ambas nos gusta bailar.

A mí siempre me ha encantado, y por eso siendo Zoé una niña la apunté a clases de ballet mientras yo hacía salsa con Amara. Lo que nunca imaginé fue que esas clases que mi hija adoró desde el primer día serían su futuro. Y, sabiendo que mi padre está preocupado, pues mi niña al día siguiente vuela del nido, agarro su mano y afirmo:

—Tanto ella como yo estamos bien, papá. No te preocupes.

Mi padre me mira y asiente. Me da uno de sus cariñosos besos en la punta de la nariz, pues sabe que estoy sensibilera por ese tema, y dice:

—La ratoncilla vuela del nido como volaste tú con ella, y ahora has de comenzar a vivir, hija; ¡ya es hora, ¿no?!

—Papá, ¡ya vivo! —me mofo divertida.

Mi padre, que vale más por lo que calla que por lo que dice, musita:

—Sé que vives. Pero como padre tuyo quiero que...

—¡Ya estamos con lo del novio! —lo corto.

Él asiente. Sé que lo martiriza ver lo fría que soy al respecto, y cambiando de tema pregunta:

—¿Ya tienes preparado tu maxiviaje?

Al oírlo, sonrío. Como papá dice, tengo un «maxiviaje» con todos los gastos pagados con un cliente a sus viñedos en Texas, Argentina, Sudáfrica, Australia y China. Quiere que los visite para que me haga una idea de la especialidad de cada lugar y para que pueda organizar una supercampana a nivel mundial de sus vinos.

Llevo retrasando este viaje dos meses. Por suerte, el cliente, a pesar de que es un poco especialito, serio y cascarrabias, con tal de trabajar conmigo está respetando mi retraso. Sabe que el viaje me mantendrá más de veinte días fuera de España, y solo espera a que Zoé se marche para que yo viaje con él.

—Todo preparado.

—¿Cuándo te vas?

—Dentro de quince días.

Mi padre sonrío. Sé que lo enorgullece mi arrojito, y afirma:

—Vas a dar la vuelta al mundo. ¡Te llamaré Willy Fog!

Ambos reímos. Si papá supiera lo que he hablado con mis amigos, se escandalizaría; entonces, mirando al escenario, pregunta:

—¿Qué va a bailar la ratoncilla?

Me encojo de hombros. No lo sé. Tanto Zoé como todo el equipo lo han mantenido en secreto.

—No tengo ni idea, papá —contesto—. Cuando salga lo veremos.

—Haga lo que haga, ¡nos gustará!

—Estoy segura de ello —declaro satisfecha.

Minutos después las luces del teatro se apagan y el espectáculo comienza. ¡Bien!

Como era de esperar, los primeros que salen a escena son los pequeñitos. Tendrán unos cinco o seis años, como mi Zoé cuando comenzó, y todos los asistentes reímos a carcajadas al verlos bailar con esa torpeza tan encantadora que hace que te los quieras comer a besos.

Durante la siguiente hora, grupo tras grupo van saliendo al escenario para demostrarnos sus habilidades en lo referente al ballet. Los presentes somos conscientes de cómo los niños, con los años y la disciplina, van mejorando, y disfrutamos del espectáculo.

De nuevo el escenario se queda vacío. Las luces suben de intensidad y sale a escena Gustav, el director artístico del evento. Durante varios minutos se comunica con nosotros, amigos y familiares de los artistas, como los llama él, y todos escuchamos encantados cuando habla de lo mucho que los niños se implican y de lo feliz que lo hace presentarlos.

Tras una pausa comienza a hablar de la última actuación y, junto a mis padres y mis amigos, me emociono. Es el turno de nuestra niña, de mi Zoé, y su compañero Adrián, los alumnos más aventajados, que ya los abandonan.

Para la escuela de danza, que Zoé y Adrián se marchen a Nueva York para dar clases de ballet en una de las academias de Gustav es un orgullo y, tras ensalzarlos, Gustav sale del escenario y yo tomo aire.

¡Vamos allá!

Una vez que las luces bajan de intensidad mi madre me mira sonriendo; de pronto oigo los primeros acordes de una melodía e instintivamente me llevo la mano a la boca. ¿En serio?

Mi padre coge mi mano, está tan emocionado como yo, y mirándonos sonreímos mientras las lágrimas comienzan a correr por nuestros rostros. Mi madre, tan emocionada como nosotros, abre entonces el bolso y empieza a repartir clínex a diestro y siniestro.

Zoé, nuestra Zoé, va a bailar esa pieza de música que es tan especial para nosotros. Se trata del tercer movimiento de la suite Bergamasque de Claude Debussy, llamada *Claro de luna*, una preciosa pieza que desde pequeña mi padre ponía en el tocadiscos para despertarme los domingos y que, como la tradición mandaba, siguió poniéndosela a Zoé.

¡Qué bonitos recuerdos guarda para nosotros esa melodía!

Emocionados, miramos al escenario y allí está mi pequeña. Tan preciosa. Tan bonita. Tan elegante en sus movimientos etéreos y flotantes con su tutú azul cielo y su pelo recogido, bailando al compás de la maravillosa melodía junto a su compañero Adrián.

Contengo la respiración, no puedo apartar la mirada de ellos. ¡Qué buenos son!

Zoé, mi Zoé, desprende luz. Te atrapa con sus delicados y cuidados movimientos, y yo no puedo ni pestañear. Y, la verdad, no es porque sea su madre, pero mi niña sabe muy bien lo que se hace.

Siempre he oído decir que la música produce infinitud de emociones. Alegría, tristeza, erotismo, relajación, y yo, escuchando esa preciosa melodía y viendo a mi hija, solo puedo pensar en belleza y amor. Es la belleza conjugada entre Zoé y esa hermosa música, y aunque mis lagrimales parecen un grifo abierto corriendo por mi rostro, disfruto, gozo y saboreo cada instante de este mágico y maravilloso momento para que quede grabado por toda la eternidad en mi mente y en mi corazón.

Sinceramente, Zoé es el verdadero y puro amor de mi vida.

Cuando la pieza acaba y el silencio de la emoción se hace en el teatro, sé que todo el mundo está maravillado. Sé que todo el mundo está conmovido y emocionado por lo que ha visto. Creo que el

corazón me va a estallar de felicidad y orgullo, y entonces mi padre se levanta y, sin importarle las lágrimas de sus ojos, comienza a aplaudir como en su vida, y todo el mundo lo sigue levantándose de su asiento.

Uf..., ¡que me da!

Lo de mi hija y el arte que tiene no es normal. Y cuando por fin Zoé nos localiza entre el público y nos sonríe, definitivamente ¡me da! Definitivamente, ¡me muero de amor!